LA OSCURA FELICIDAD

I

Tengo treinta años, soy soltera y llevo una vida tranquila. Trabajo en una agencia de viajes y gano un sueldo que me permite sostenerme e incluso ayudar todos los meses a mi hermana Elvira. Las dos vivimos solas en una casa del Malecón que nuestra madre nos dejó. Nos organizamos bien pues yo la ayudo con mi sueldo y ella trabaja todo el día en la casa. Esta es enorme y requiere mucho esfuerzo, así que a veces encuentro a Elvira agotada por su tarea. Yo alguna vez le sugerí mudarnos a un sitio más chico, pero ella me atajó diciendo que esos eran los cuartos donde habíamos vivido con nuestros padres. Creo que fue la única vez que se molestó conmigo.

Elvira tiene la piel trigueña, los ojos marrones y el pelo amarrado sobre la nuca. Por las noches nos juntamos en la sala de los muebles a leer o escuchar música, y no me canso de estar con ella. Para mí es no sólo una compañía sino mucho más, un ángel de la guarda. Es la persona que me saca de problemas y que me impide cometer errores. Es la que me conversa, me levanta el ánimo, me ayuda a seguir adelante. Sé que nuestra madre le pidió que me cuidara y ella ha cumplido con su tarea como si hubiera tomado su lugar.

Nunca he tenido pretendientes pero hace unos años, cuando empezó la historia que voy a contar, entró a la agencia

un hombre llamado Jorge. Era de mi edad, delgado, de pelo negro, y aunque no muy guapo, de ojos grandes y alegres. La señora Zúñiga lo sentó a mi lado, y en esa convivencia de trabajo, atendiendo a las llamadas y hablando con los clientes, comencé a sentir una especie de cariño por él que no sabía cómo explicar y del cual no quería hablar con nadie. Me daba terror pensar en este cariño porque sabía que me estaba ligando a un hombre que no conocía y que podía llevarme por caminos impredecibles. Sin embargo, poco a poco, con pretextos de trabajo, y sacando partida de mi timidez, logré acostumbrarme a seguir una relación normal, sin sonreírle demasiado si me conversaba y negándome con cortesía a sus propuestas de ir al cine.

Por las tardes, cuando comía con mi hermana, me sentía reconfortada de mis negativas a Jorge. Pero mi pretendiente no tomaba mis rechazos del todo en serio y seguía insistiendo. "Eres la mujer más terca que conozco", me decía riéndose. "No tienes novio y no quieres salir conmigo. Pero yo también soy terco. Un día que estés cansada, te convenzo y nos vamos".

Yo le seguía hablando de otros temas y trataba de mostrarle que tal vez algún día iba a aceptar su oferta. No sé si mi rechazo estaba provocado por miedo, por el hábito de no salir con hombres o por la idea de que no debía mezclarme con un compañero de oficina. En todo caso, persistí en mis negativas y eso me daba una cierta paz. Esta situación se hubiera prolongado, indefinidamente si mi amiga Iris no hubiera intervenido.

Iris, mi amiga de la infancia, me encontró un día en la calle, y cuando le hablé de Jorge, poco después, sentada en una cafetería, me dijo que debía cambiar mi "actitud ante la vida".

—¿A qué te refieres? —pregunté con ingenuidad.

—Hace tiempo que quería decirte esto, Liliana —empezó Iris—. Yo te he conocido hace muchos años y siempre me he dado cuenta; desde que fui a tu casa por primera vez, cuando estábamos en el colegio, me di cuenta que tu hermana trataba de controlar todos tus actos. Me di cuenta una tarde, cuando estábamos en tu casa, y ella te seguía con la mirada, por donde ibas. Perdóname que te lo diga —continuó, sacando un cigarri-

llo—, pero creo que desde hace un tiempo, ella te ha estado dominando cada vez más.

En este punto de su discurso, Iris se detuvo y prendió el cigarrillo. Luego se produjo una pausa durante la cual ninguna de las dos supo cómo seguir. Debo admitir que yo me sentía herida en mi amor propio. Por fin ella se paró y ambas salimos del café.

—Mira, te voy a decir la verdad —siguió Iris mientras caminaba a mi lado—. Desde hace un tiempo lo hablamos con algunas de las chicas. Elena y Doris me dijeron que habían dejado de buscarte porque no podían soportar entrar a una casa donde lo único que cuenta es la tiranía de una mujer como Elvira. Yo soy amiga tuya, te quiero mucho y siempre voy a hacerlo, pero tienes que soltarte; tienes que salir a la calle, conocer a otra gente, enamorarte, no sé, algo. Tienes que hacer algo más que preocuparte de si tu hermana se va a molestar contigo. Ahora lo único que haces es ir directo de la oficina a tu casa, y quedarte con ella todo el tiempo...

—Ya basta —le dije.

Iris se calló y mostró un gesto de preocupación.

—Yo sé que me lo dices por mi bien —añadí—, pero no conoces a mi hermana.

Nos habíamos detenido en una esquina. Iris aplastó el cigarrillo y empezó a murmurar una disculpa.

—No me hagas caso —repitió en voz baja—. Es que creo que estoy de mal humor hoy día. He tenido un mal rato en el trabajo.

—La próxima vez puedes guardarte tus malos ratos para ti misma —le dije, sorprendida de mi firmeza.

Iris sonrió, lo cual me dio un gran alivio; me dijo que tenía una cita pero que esperaba que nos viéramos pronto. Caminamos juntas hasta la esquina; al despedirse, me abrazó y me dio un beso. "Perdóname otra vez", le oí murmurar.

Las palabras de Iris recorrieron esa noche los pasadizos de mi casa, atravesando el comedor, entrando hasta los últimos rincones de la sala y subiendo las escaleras hasta llegar como golpes de viento contra mi puerta. Era evidente que mi rencor ante esas

frases era el resultado de haber reconocido en ellas una verdad difícil de admitir. "Eres la esclava de su soledad y de sus principios", me había dicho mi amiga. "Has vendido tu juventud, tus sentimientos, tu felicidad, todo eso por no contrariarla".

Esta era la sencilla verdad de mi vida, esta era la conclusión que podía desprenderse de mi situación en ese momento. "Soy delgada, alta y tengo un rostro que aunque no deslumbrante, es agradable", escribí en mi libreta esa noche. "Es verdad que tengo algunas canas pero sigo siendo atractiva. Hay un hombre en la oficina que me busca y con quien, tal vez, podría ser feliz".

Estas palabras escritas durante el insomnio, mientras las frases de Iris seguían silbando por el cuarto, me avergonzaron en algo al día siguiente, cuando volví a leerlas. Sin embargo las repetí en voz baja un poco después, al ver a Elvira sorbiendo su taza de café y trasladándose luego a la sala donde iba a leer el periódico. Me las dije a mí misma esa tarde, cuando Jorge volvió a proponerme, casi en broma, que lo acompañara a un restaurante nuevo que inauguraban en Barranco.

—¿Aceptas venir? —dijo, con una sonrisa—. No lo puedo creer. ¿Eres tú realmente, Liliana?

—Sí —le dije, riéndome, algo nerviosa—. Ya no te sorprendas tanto.

—¿Paso por ti a las ocho entonces?

—A las ocho —le dije, mientras fingía revisar unos papeles.

II

La primera parte de mi relación con Jorge bastaría para llenar las páginas de una novela anticuada pero hermosa: la de dos personas que se conocen poco a poco, con gran dulzura, dos personas en las cuales empiezan a florecer los sentimientos más tiernos. Esa primera noche se presentó en mi casa muy bien arreglado y con un gesto risueño. En el camino al restaurante y durante nuestra conversación en la mesa, noté que su charla tra-

taba de halagarme de diferentes modos, y que todo en él se esforzaba porque ya desde entonces, empezara a aceptarlo. En esa ocasión volvimos a mi casa temprano; él vino conmigo hasta la puerta y me dio un beso rápido en la frente.

Desde entonces, con gran tino, poniendo el mayor de los cuidados, hizo todo lo posible para que nuestra relación se desarrollara y tomara el cuerpo de un romance. Yo me sentía cortésmente invitada a participar en la vida optimista y sencilla que él llevaba. Era una persona sola igual que yo, un hombre a quien el gusto por el trabajo y cierto temor por los placeres muy intensos habían llevado a una vida ordenada. Conocí el apartamento en el que vivía, los padres y hermanas (con quienes salimos varias veces). Por fin en una ocasión, me habló de sus planes de formar una familia que lo condujera a una vejez de gracia y de serenidad. "Esa es la vejez que quisiera compartir contigo", me dijo una tarde soleada, mientras caminábamos por el parque de Barranco. Esa tarde, después de sentarnos en una de las bancas, se acercó por primera vez y me besó con unos labios húmedos cuyo sabor yo nunca he olvidado. Entonces, con la mano temblando, le cogí el cuello y cerré los ojos. Un poco después sentí su piel tibia, su boca firme y silenciosa, el latido de su pecho junto al mío.

Cuando Elvira recibió la noticia, no se mostró afectada. "Me alegro que hayas encontrado a un hombre, si es bueno y trabajador", dijo mientras tomábamos el desayuno. Luego me acompañó, como siempre, hasta la puerta, y me dio un beso. Mientras me alejaba me puse a pensar que ella había vuelto a sentarse en la sala, había encendido un cigarrillo y entre las fibras de humo que avanzaban sobre su rostro, había empezado a preguntarse cómo sería su vida, en esa casa gigantesca, y sin mí.

Tal vez lo más doloroso, lo más difícil de sobrellevar desde aquella ocasión, fue la paciencia y el buen humor con el que Elvira se propuso aceptar a Jorge. "Es un gusto conocerlo", le dijo la primera vez, mientras le estrechaba la mano. "Liliana me ha hablado mucho de usted".

Jorge se portaba cortésmente, como era natural, pero creo que se sentía un poco intimidado, pues Elvira siempre lo-

graba ser la más locuaz del grupo. En las comidas, con frecuencia, se provocaban pequeñas discusiones sobre temas domésticos, y ella siempre terminaba imponiéndose a los pocos argumentos que daba Jorge. Yo no dejaba de divertirme en estas discusiones y, aunque a veces me ponía del lado de Jorge, admiraba a mi hermana en secreto por la cantidad de recursos que tenía a la mano y por la medida de seguridad con que los iba soltando. Estas conversaciones, y otras sobre algunos parientes, las novedades del clima y la variedad de eventos locales, se desarrollaban en un ambiente un poco frío pero amistoso, que de algún modo siempre la tenía a ella como centro de atención.

El anuncio de la boda se produjo seis meses después del inicio de nuestro romance. Elvira recibió la noticia con cierta sorpresa, que no pudo disimular.

—¿No puedes esperar un poco? —me dijo—. Casi no lo conoces.

—Creo que nos conocemos lo suficiente —contesté, bajando la cabeza.

Ella me miraba con un gesto muy serio.

—Muy bien —murmuró—. Tú ya eres una mujer mayor y estás en edad de formar una familia.

Al oír esto, me acerqué y le di un beso.

—Gracias —le dije.

Los preparativos empezaron en la tarde que Iris y yo nos sentamos en su casa para tomar el té. Iris dijo que ella me iba a organizar un colectivo, que debíamos tratar de buscar una iglesia que todos conocieran y una hora que fuera cómoda. Ese mismo día, llevadas por su entusiasmo, fuimos a comprar algunas cosas. Cuando le conté esto a Jorge —recuerdo que salíamos de la oficina—, me dio un abrazo tan fuerte que me levantó del suelo. Yo reía de lo contento y de lo asombrado que estaba, y volví a sonreír esa noche, cuando me acordé de su cara risueña y de sus promesas. "Seremos muy felices", me había dicho en el oído.

Desde entonces yo también empecé a sentirme feliz aunque algo nerviosa por la vida que llevaríamos. Jorge llegaba a la casa conmigo, después del trabajo, y a veces salíamos a un café o al cine. Yo siempre procuraba darle gusto. Cuando me presentó a sus amigos, me esforcé en seguirles la conversación y en parecer siempre sonriente. Quería que ellos tuvieran de mí la imagen de una mujer alegre y sensata, de alguien que pudiera ser una buena compañía para Jorge. Creo que desde el comienzo la mayor parte de ellos, por simpatía o por lástima, me aceptaron de veras como la novia de su amigo, lo que en esa época me puso muy contenta.

Me propuse, sin embargo, que dos o tres noches por semana nos quedáramos en la casa para poder estar con Elvira. A veces, cuando Jorge me pedía que saliéramos, yo le contestaba que quería estar en la casa para que Elvira no se sintiera sola. Jorge siempre aceptaba esta respuesta pero me decía, entre sonrisas, que esperaba que cuando estuviéramos casados y tuviéramos nuestro apartamento propio, yo no quisiera regresar todas las noches a mi casa sólo para acompañarla. Yo me callaba y asentía débilmente, mientras trataba de cambiar la conversación. En esos momentos me imaginaba comiendo junto a Jorge en un nuevo apartamento, con nuestra cocina, nuestro comedor y nuestro dormitorio, acostándome en la misma cama y despertando todas las mañanas para ver su cuerpo en pijama. Me imaginaba con terror también su boca inflamada besándome, y su cuerpo, como un gusano, tratando de meterse en el mío.

Me quedaba ya muy poco tiempo. Mientras veía avanzar los preparativos para la boda, empecé a sentir una tristeza que resultaba cada vez más honda e inexplicable. Me parecía que me acercaba lentamente a un abismo en el cual iba a caer con una sensación aguda en la garganta y que al final de ese abismo, en el momento de estrellarme contra el suelo, iba a encontrar un grupo de hombrecillos rojos y encorvados, esperándome con colmillos largos y lenguas veloces. Esta imagen me seguía. Veía

a los pequeños seres, riéndose con voces de niñitos roncos, y afilando unos cuchillos que les salían entre las piernas, listos para empezar su fiesta apenas yo cayera. Un tiempo después, le hablé de esta imagen a Elvira y me dijo que tal vez esos hombrecillos venían del infierno.

Como era natural, jamás se lo conté a Jorge. Seguíamos almorzando juntos, casi todos los días, en un lugar cerca de la oficina, y por las noches venía a mi casa o salíamos con sus amigos. Ya por aquel tiempo, semanas antes de la boda, algunas tías y primos se acercaron a mí con promesas de regalos y preguntas sobre la luna de miel y sobre la casa donde íbamos a vivir. Cuando Jorge estaba allí, les contestaba que estaba comprando un apartamento, con una sala grande y un balcón lleno de plantas, donde tendríamos todo lo necesario. A ambos nos iba bien pues la agencia cobró vuelo a raíz de una reducción de impuestos que dio el gobierno.

Una tarde, cuando faltaba menos de un mes para la fecha, Elvira me llamó a la oficina.

—Quisiera que vengas a comer temprano —me dijo tranquilamente—. Tengo algo importante que decirte.

—No sé si pueda —contesté, mientras trataba de ordenar unas solicitudes—. Hay mucho trabajo aquí. Y como voy a salir de vacaciones, no sé si...

—Ven cuanto antes —insistió con tranquilidad— y déjame pedirte algo. No lo tomes a mal, pero no traigas a Jorge hasta más tarde.

—Creo que tiene una reunión con el jefe —contesté, después de una pausa—. Iré en cuanto pueda. ¿Pasa algo malo?

—No. Nada —dijo ella—. Nos veremos más tarde.

Esa tarde, conseguí un permiso con la excusa de que no me sentía bien. "Te llamo luego", escuché que la voz de Jorge me decía desde su escritorio. En el camino a mi casa, el ómnibus pasó por el parque de Miraflores. Desde la ventana vi una pareja de jóvenes sentados en una banca, tomados de la mano.

Al llegar a mi barrio, había empezado a oscurecer. Las luces de la casa estaban apagadas. Elvira me esperaba en la sala, instalada en el sillón grande.

Cuando me senté frente a ella, me miró con un rostro de firmeza y de severidad que yo casi había olvidado. Empezó a hablar en voz baja.

—No quisiera hacerte sufrir —me dijo—, pero tal vez es mejor que sufras ahora y no que se te destroce el corazón más tarde.

El rostro de Elvira estaba iluminado por una luz mortecina. Sus palabras se deslizaban en mis oídos, firmes y graves, mostrando el pesar con el que ahora por fin iba a deshacer mis ilusiones.

Me di cuenta que había un sobre grande sobre la mesa. Al abrirlo, encontré el acta de matrimonio en la que Jorge figuraba haberse casado en mayo de 1978 con una tal Dolores, en una iglesia de Barranco. Debajo de ese papel había una foto de Jorge entrando al cine Alcázar, del brazo de una mujer. Más allá, asomando, una foto más pequeña de Jorge, sentado en un restaurante con una joven de pelo largo y negro que me hizo recordar a alguna de las chicas que habían trabajado fugazmente en la oficina. Jorge estaba acercando sus labios a los de esta mujer, que lo esperaba con una sonrisa.

—Todo esto es falso —exclamé, soltando el sobre—. No creo una palabra.

Poco después, cuando cerré la puerta de mi dormitorio, empecé a llorar con una fuerza que desconocía. Me aplasté contra la almohada y lloré como si hubiera esperado hacerlo por mucho tiempo. Me hundía en la cama y mis sollozos parecían renovar su intensidad en cortas descargas. Recuerdo que en algún momento me perdí en mi llanto; sentí que me iba sumergiendo cada vez más en un pozo interminable, con los ojos empapados y la boca abierta.

Después de un rato desperté otra vez, en el silencio del cuarto. Era muy tarde y desde donde estaba, podían verse las calles vacías. Me levanté y caminé hasta el espejo. Me parecía

que había pasado mucho tiempo. "Ya basta", dije, mientras me arreglaba el pelo.

Al día siguiente llegué al trabajo algo más tarde que de costumbre. Desde que me senté en mi escritorio, todo transcurrió rápidamente. Al principio Jorge pasaba cerca de mí, con el saludo y la sonrisa de siempre, que yo seguía de reojo. Logré escaparme a la hora del almuerzo y en la tarde llamé diciendo que no iría a trabajar. Esa noche, sin embargo, fui a la oficina a recoger unos papeles y lo encontré en su mesa.

Al verme se acercó, lentamente, con la seguridad que le daba su resentimiento. Después de hacer algunas preguntas sobre mis negativas y mi silencio, me obligó a salir a la calle. Al llegar a la vereda, sentí un ruido de bocinas de automóviles. Oí su voz, que me exigía explicaciones y cuando por fin me volví para verlo, me invadió una felicidad que no había conocido durante aquellos meses de romance y noviazgo. Lo interrumpí para decirle que mi hermana y yo habíamos averiguado sobre él y que lo sabía todo.

—¿Saben qué? —exclamó.

—Todo —le dije.

—¿Pero qué pueden saber? —insistió, levantando la voz.

Entonces sentí brotar una ola de fuego que se había escondido en el fondo de mi alma y que en ese momento recorría todo mi cuerpo y me llegaba hasta las manos. De pronto levanté el brazo y lo golpeé en la cara con todas mis fuerzas. Sólo después, con la palma ardiendo, comprendí lo que había hecho. Recuerdo que su cara apenas se movió, a pesar de la fuerza del golpe. Luego sus ojos brillaron con una mezcla de furia y de tristeza. Entonces di media vuelta, volví a la oficina y me senté en mi escritorio. Por un momento tuve miedo de que me siguiera, pero no apareció.

Cuando Elvira llegó a recogerme, tenía un gesto de preocupación. "¿Ha pasado algo?", me preguntó, acercándose. "No, nada", contesté.

En el camino a mi casa, yo trataba de contener las lágrimas. Cuando vi las calles de mi barrio, sentí que eran el único hogar que yo tenía y que me estaban dando la bienvenida para siempre. Parada frente a la casa, mientras Elvira sacaba la llave, me inundó algo así como el cansancio de haber vuelto de un largo viaje. Al verla extender el brazo, dejando la puerta abierta para que yo entrara primero, me abracé a ella y empecé a apretarla, con los ojos cerrados, cada vez más fuerte.

III

Al día siguiente llegué a la oficina y al poco rato lo vi entrar. Pasó junto a mi escritorio y se sentó en el sitio de costumbre, con el aire de una persona preocupada por el trabajo del día. Yo lo miraba de vez en cuando, con cierto nerviosismo, pero él parecía dispuesto a dejar que la situación se mantuviera tal como estaba. Esto me parecía una prueba suficiente de su culpa.

El dolor que me había avasallado en algún momento había dejado paso a una emoción en la que se mezclaban el asco y la indiferencia. Por ella me estaba alejando no sólo de Jorge sino del mundo de los hombres. Durante años había rondado ese mundo con la aterradora perspectiva de penetrar en él algún día. Ahora me sentía liberada de esa obligación que la vida había puesto delante de mí por última vez. Ya tenía algunos años, no me incomodaba la soledad y no sentía ganas de salir con frecuencia o de conocer a gente nueva. Mi mayor alegría era que vivía con alguien en cuya compañía estaba tranquila.

Todas estas ideas que rondaron mi mente durante aquella primera mañana de mi nueva existencia, formaron parte del pequeño discurso que le ofrecí a Iris para explicar la decisión que había tomado. Iris había ido a buscarme a la oficina un poco después del incidente y como siempre me había invitado a la cafetería de abajo.

—Cuando me encuentre con tu novio, le voy a decir algunas verdades —exclamó, antes de sorber el café—. Pero no hable-

mos de él. Es un sinvergüenza. Ya conocerás a alguien distinto.

—No creo —observé, mientras encendía un cigarrillo.

No he vuelto a ver a ningún hombre, como es natural, y desde esa vez, seguí fiel a mi idea de que la vida en mi casa era la única para la cual había sido hecha. Pasaba las noches y los fines de semana en la sala, tejiendo, ayudando a limpiar, cuidando las plantas, escuchando música y leyendo libros de poesía. Los sábados y domingos me ocupaba también de la cocina y de vez en cuando recibíamos la visita de algunas tías, o íbamos nosotras a su casa.

Jorge dejó de trabajar en la agencia y durante varias semanas creí que no volvería a verlo. Sin embargo, ocurrió un pequeño incidente que marcó el verdadero fin de nuestras relaciones.

Una noche, ya echada en mi cama, sentí los golpes de unos pedruzcos en la ventana. Al principio me asusté un poco pero luego me dio una inquietud y me levanté en un impulso. Aunque algo tambaleante, su silueta negra estaba allí.

—Jorge —le dije.

—Quiero hablar contigo —me pidió—. No te voy a molestar. Sólo quiero hablar contigo un momento.

—Pero ya es muy tarde —contesté.

—Baja un momento —insistió, haciendo descender la voz, con cierto tono de súplica.

En parte por mi debilidad y mi nerviosismo, decidí que debía vestirme y hablar con él. Al abrir la puerta de la calle, pude verlo bien. Había bajado de peso considerablemente y estaba muy pálido. Tenía una voz aguda, parecida a un silbido triste. No era ya el hombre atractivo y sonriente sino un niño quejumbroso, que me parecía no conocer.

—Vengo a decirte una sola cosa, Liliana —murmuró con la cabeza gacha—. No quiero molestarte o ponerte nerviosa, pero te voy a decir algo que debí haberte dicho hace mucho tiempo. Cuando te peleaste conmigo yo no sabía por qué lo hacías. Yo no entendía y estaba muy resentido contigo. Pero hoy me en-

contré con Iris y ella me contó que tu hermana te había enseñado unas pruebas de un matrimonio mío y unas fotos con otras mujeres —se detuvo y alzó la voz—. Esas pruebas son falsas, Liliana —dijo—; yo nunca me he casado y no he estado con otras. Tu hermana o alguien falsificó la partida de matrimonio y luego hizo el truco con las fotos. Son cosas relativamente fáciles de hacer, sabes.

Hizo una pequeña pausa y bajando la cabeza añadió: "Eso es todo lo que quería decirte. Yo estoy con una chica ahora, y es tarde para nosotros, pero quería que lo supieras, nada más".

Con esto, antes de que yo atinara a contestarle, Jorge se levantó y se fue caminando rápidamente, hasta voltear en la esquina. Yo no me moví de donde estaba y tras un lapso indefinido, subí hasta mi dormitorio. Al llegar allí, me recosté otra vez.

Esa noche dormí con varias interrupciones. Me desperté con el recuerdo de una escena horrible de la que sin embargo no tenía una imagen precisa. Al día siguiente abrí los ojos cuando aún estaba oscuro y esperé a que dieran las siete. Entonces bajé a preparar el desayuno, como todos los días, y la esperé en la mesa, frente a su asiento.

Cuando bajó, tenía el aire apuesto y distinguido que algunas mujeres logran tener a su edad. Los cabellos ligeramente canosos, los ojos grises y el cuerpo ágil y firme despedían esa elegancia que yo conocía bien pero que me parecía redescubrir cada vez. Se sentó frente a mí y, mientras hablábamos de diferentes temas, pensé cortar nuestra conversación, para hacerle la pregunta que debía. Ella continuaba sorbiendo de su taza con tranquilidad. Parecía un ángel dulce y seguro que me observaba desde un cielo al que sólo yo estaba invitada. Pero tuve que interrumpir mi devaneo. En una ocasional pausa, levanté mi voz ligeramente.

—Anoche estuvo aquí Jorge —empecé.

Ella dejó de hablar y me observó con un rostro de severidad y de firmeza que me atravesó.

—¿Es cierto —balbuceé— que tú lo inventaste todo, para separarnos?

En ese momento su cuerpo se apoyó en el respaldo, y su cara se inclinó hacia atrás. Una terrible y finísima sonrisa empezó a dibujarse lentamente, como la sonrisa de una madre ante una travesura de su hija pequeña. Quizá, durante ese tiempo, había estado esperando el día en que yo tuviera alguna sospecha y le preguntara, directamente, si todo había sido una trampa suya para recuperarme.

—¿Tú crees que yo haría algo así? —dijo, con una voz débil pero serena—. ¿Tú crees que yo sería capaz?

La siguió una pausa que yo no sabía cómo romper. Nunca me había hablado así.

—No —le dije, bajando la vista.

Ese día no fui a la oficina. Después de acompañarla a hacer unas gestiones, caminamos por Miraflores, y tomamos un jugo de frutas en un restaurante. El episodio de la mañana había quedado atrás, aunque yo seguía arrepentida de haber hecho una pregunta tan directa. Pero Elvira no parecía pensar en eso y me hablaba de sus lejanos recuerdos de nuestros padres, cuando aún vivíamos en Barranco y mi papá traía un regalito de sorpresa a casa, todas las noches. Mientras me hablaba, debe haberme visto algo seria, pues se mostró más animada que de costumbre.

—¿Te sientes bien? —dijo de pronto, mirándome.

—Sí —le contesté con una sonrisa—. Me siento muy bien.

Han pasado ya casi dos años desde entonces y mi rutina no ha cambiado. Me siento feliz, es cierto, porque estoy tranquila y no me falta nada. Sé que esta tranquilidad de la que gozo, como un bien que me ha dado Dios, me acompañará siempre y que el amor a mi casa y a mi hermana es el único sentimiento con el que me puedo sentir a salvo del mundo. Sé que nuestros padres nos miran desde arriba, y que cuando les hablo, en silencio, ellos escuchan mis frases y se alegran de ellas. Y sé que Elvira no me mintió en lo de Jorge; y le estoy cada vez más agradecida por haberme librado de él, y de la vida de infamia a la que me hubiera llevado. *Audivit Dominus et misertus est mihi.*